

Aventura de Refugios – El Bolsón

Por Fernando Prato

No soy Bilbo Bolsón, pero me sentí como él. Por eso quiero contar esta aventura de solo tres días. Pido perdón de ante mano si lo que voy a relatar no cumple las expectativas en cuanto a lo que se puede considerar una aventura. Evidentemente está 100% sesgado a mi nula experiencia en montaña, sentimientos y emociones. Lo que sí juro, es que me sentí dentro de un cuento.

Gracias al cambio de paradigma del teletrabajo pude irme unos días al sur de Argentina. La idea era irme diez días y entre semana meterle al laburo, pero con el Nahuel Huapi de fondo y aprovechar el fin de semana de carnaval para recorrer un poco.

Mi imagen mental del viaje era tomarme una birra helada en el lago, comprar unos chocolates (que ahora que lo pienso me olvidé de comprar), conocer gente y pasarla bien un rato.

Así venía pintando el programa. El primer finde coincidí con mis amigas del gym (me gusta decirles así, pero las conozco de la joda básicamente), hicimos el circuito chico, subimos el cerro Otto, fuimos a un par de bares y comimos un asadazo en el Hostel que hizo un amigo que nos hicimos por ahí. Estuvo tremendo ese finde, alta buena onda todo, ya en la semana empecé a laburar, así que el rato libre era para ir a la playita y relajar un poco, días de muchísimo calor.

Se hizo el viernes a las 16:30 y empezaba oficialmente mis vacaciones porque ya no tenía que pensar en laburo y no había sido una semana particularmente tranquila, de lo cual no doy detalles para no irme de lo importante. Así que tenía el finde por delante, pero nada planeado. Me puse a preguntar por recomendaciones y barajaba entre irme a Villa la Angostura o San Martín de los Andes. La variable que más ponderaba para la decisión era qué lugar podía aprovechar mejor sin tener auto y terminé decidiendo por San Martín de los Andes, básicamente haciendo ta te ti. Mientras estaba poniendo los números de la tarjeta de crédito para sacar el pasaje, aparece una de las chicas que estaba alojada en el Hostel y pedí una última opinión, creo que porque en el fondo no estaba convencido. Tenía la sensación de querer otra cosa (quería una aventura, pero todavía no me daba cuenta). Al consultarle por estas dos opciones me dijo: "ninguna de las dos, tenés que ir al Bolsón a hacer refugios". No le pregunté nada más, como si supiera exactamente lo que necesitaba. Saqué el pasaje para esa misma tarde al Bolsón a pesar de que no se me había hecho ni la más vaga representación mental de a dónde iba a ir o qué iba a hacer.

Al momento de seleccionar la butaca del micro, estaba tan en bolas con lo organizativo, que pensé de manera consciente: "voy a seleccionar un asiento en fila de dos que ya tenga un asiento ocupado a ver si justo hay alguien que sepa del tema y me explique un poco qué tengo que hacer, llevar, etc."

Dicho y hecho. Me siento horas más tarde en el micro y al ratito me pide permiso una chica para sentarse del lado de la ventana. Pasaron cinco minutos, para no ser denso, y le dije: "hola, tenés idea qué onda los refugios de El Bolsón?" Sin poder disimular la buena onda me contestó que estaba yendo a hacer eso y que era su segunda vez, "así que sí, algo sé" me dijo.

Me ayudó a resolver todas las inquietudes de carpa, mochila, bolsa de dormir, provisiones, refugios, días, distancias, plata, etc. Y naturalmente terminó en que pegamos muy buena onda y me dijo: "veníte conmigo, tengo carpa, lo único es que es chiquita para dos personas y probablemente se sume una amiga mía que es de El Bolsón, pero vemos cómo nos acomodamos". Listo. Ya tenía lo indispensable, así que ese miedito de haber hecho algo de arrebato se fue y con lo básico cubierto pude empezar a imaginar lo que se venía, aunque ni las más creativas representaciones mentales se parecen a lo que viví en estos tres días.

Esa noche mi nueva amiga del micro, en adelante Andrea, y su amiga Boni, de El Bolsón vinieron al Hostel que yo había reservado porque Boni vive en el kilómetro 9 y era poco práctico ir hasta allá para volver al centro a la mañana siguiente. Boni vive con el novio en una carpa dentro de un terreno que le cuidan a un amigo de ellos que se está construyendo una casa. Viven de vender artesanías, básicamente son hippies de El Bolsón.

Esa noche compramos un combo de Fernet y fuimos a tomarlo a la plaza, charlamos, comimos unas empanadas y a dormir. A la mañana siguiente alquilé la bolsa de dormir y el aislante para el piso, compramos en conjunto las provisiones y nos tomamos el colectivo para empezar la caminata al primer refugio "El cajón azul".

El punto de partida se llama Warton: allí nos registramos como medida de seguridad para que haya trazabilidad entre destino y destino y poder hacer la búsqueda correspondiente en caso de que alguien se pierda o accidente. Fue una cola de 30 minutos porque había muchísima gente y se pedían muchos datos, lo súper menosprecié, me pareció una burocracia innecesaria similar a la que hacemos en todos lados por Covid. Luego me daría cuenta de su importancia.

Finalmente empezamos la caminata montaña adentro, fue fin de semana largo y había una cantidad de gente impresionante: por un lado estaba bueno porque estábamos todos en la misma y a cada minuto charlabas con gente de ciudades argentinas que no sabía ni dónde quedaban, tenía su atractivo el hecho de que hasta el año pasado toda esa gente hubiera sido yankee o europea, y en su lugar eran dos chicos de Rawson, o una chica de Esquel o una pareja de Vietma, por nombrar algunos de los lugares que me tuve que desburrar por no tener

referencia de nada más que por haberlo memorizado en alguna oportunidad en el colegio.

Las primeras horas de caminata fueron muy de charlar temas copados, conocernos y cruzar palabras con las, literal, cientos de personas que nos íbamos cruzando mientras contemplábamos el paisaje, caminábamos por el bosque, cruzábamos ríos por puentes colgantes y sufríamos algunas subidas muy empinadas. Fueron tres horas hasta que llegamos al Cajón.

El Cajón Azul es uno de esos lugares que ves en las películas, donde la gente se tira de piedras altas, agua completamente transparente y rocas enormes dispuestas de tal manera que parece que lo hicieron a propósito. Era un lugar tan facherero para meterse al agua, tomar sol, conocer gente, y de la mano de un trekking exigido pero accesible para todos, lo que explica por qué había tanta gente yendo a ese lugar, ya sea a pasar el día y luego volver o quedarse en el camping o el refugio a pasar la noche. Fueron todas cosas que fui aprendiendo tanto por la propia experiencia como por lo que iba preguntando y escuchando conforme transcurrían los kilómetros. El refugio quedaba a unos 600 metros del Cajón. Fuimos allí, armamos campamento, probamos si entrábamos los tres en la carpa, y en este caso no se cumplía el dicho que dice que donde entran dos, entran tres. Así que fui a reservar para dormir en el refugio, que era un poco más caro, pero, sobre todo, a priori, menos emocionante porque venía con la idea de acampar, más que de dormir en un colchón calentito. No suena mal igual, ahora que lo pienso.

Una vez llegados al Cajón, resuelto el tema dormir, no restaba más nada para ese día que disfrutar, pasarla bien y conocer gente. En ese punto yo era bastante distinto a Andrea y Boni, ellas eran más de estar entre ellas, tomar mate, y ponerse al día porque hacía mucho que no se veían. Yo, por mi parte, soy más de andar por todos lados, conocer gente, romper el hielo, entonces un poco me separé de la banda. Creo que menciono esto porque sentí una especie de traición al hacer la mía, cuando parte de esto fue gracias a ellas dos, que me envalentonaron y me ayudaron a romper la inercia. Este sentimiento de culpa es personal, porque en definitiva es lo esencial de viajar solo, no estar atado a nada y vibrar a la frecuencia que tenés ganas en cada momento.

Esa tarde la pasé metido en el agua del Cajón: al principio metí tímidamente los pies en el agua como para amigarme con la situación hasta que me metí cuerpo entero, el agua estaba helada pero el calor y el sol ayudaron mucho. Bien a mi estilo, me la pasé observando los grupos de argentinos que había, sin ningún propósito en particular más que el hecho de estar solo, yo y mi mente y jugar a algo.

En un momento surgió una charla interesante con un pibe de Buenos Aires que me preguntó si era resbaladiza la roca en la que yo estaba parado y él intentando bajar y le dije que no, pero que bajara despacio. Nos pusimos a charlar.

Me llamó la atención porque le pregunté qué hacía de su vida y me contó cómo se sentía más que lo que hacía de forma taxativa. Me dio pie a abrirme de la misma manera, pegamos buena onda.

Después de un rato seguí caminando por ahí y vi un grupito mixto, grande, eran de Comodoro y jugaban a saltar de rocas grandes al agua. Me puse a mirarlos y dije: "tengo que hacer esto". Siempre fui muy cagón en saltar de lugares altos, pero mi aversión al riesgo ha cambiado bastante con los años. Así es que decidí hacerlo. Vale aclarar que era cero altas la piedra, pero en el momento da vértigo, porque si te resbalas, fuiste.

Ese día también conocí a un grupo de chicas de Neuquén, me llamó la atención lo fuerte que se reían y de sólo escucharlas me hicieron cagar de risa; con eso ya fui cómplice de la situación y me convidaron unos mates que en contexto Covid se aprecian el triple. Estando con ellas pasó mi primer amigo (con el que charlamos en el agua) y de la nada me regaló un porro. Lo cuento porque seguramente más adelante voy a mencionar algo que se me vino a la cabeza sobre esto.

Tipo 8.30 se escondió el sol y el frío nos llevó de vuelta al refugio. Había comprado unos sobres de café la Virginia, así que pedí agua caliente y me senté adentro del refugio a tomar un café bien concentrado. Unos minutos más tarde viene mi amigo del agua con sus amigues y se sientan en mi mesa que era de 6 y no había más lugar. Me sorprendió la generosidad de esos pibes porque la comida en el refugio era muy cara, tipo una cerveza 750 pesos, un plato de comida 1000. Me dieron mi vaso y me ofrecieron guiso de fideos siete veces hasta que a la novena dije: "bueno un poquito porque amo los fideos". Después yo compré un vino y ya me sentí entre amigos, nos picamos un poco y terminamos descosidos de la risa y a los abrazos. De ahí fuimos al camping y sacaron unos wiskys y armamos una ronda con otros desconocidos, cual fogón, pero sin fogón porque, por los incendios que hay en el Bolsón, estaban temporalmente prohibidos. Bien a mi estilo, hice una ronda para agarrarse las manos, cerrar los ojos y que cada uno le diga una cosa linda al que tiene al lado. Quien me conozca sabe perfectamente de qué hablo jaja. Esa fue la parte de joda que a mí me gusta mucho y que me la llevo como parte de la aventura.

Como comenté, el viaje fue totalmente improvisado, no sabía si iba a volver en el día, si me iba a quedar una noche o dos, tampoco sabía a qué refugios iba a ir o cuánto me iba a aguantar caminar en montaña. Para los que no sepan, los refugios del Bolsón son el circuito interconectado de refugios más grande de América, tienen una historia muy bonita. Están todos diagramados en un mapa con sus nombres, tiempo promedio para cada camino, nivel de dificultad, etc.

Lo hecho hasta el momento, si bien para mí ya era una hazaña, era parte del recorrido turístico que hace la mayoría que viene al Bolsón. Luego los demás

refugios son caminos más desafiantes y va otro tipo de gente, más de montaña (y mucha menos) que en el primer refugio. Yo me había mentalizado en salir de mi zona de confort y vivir una experiencia desafiante, así fue que tocó la parte de decidir hacia dónde continuar viaje. Me habían hablado de Hielo Azul como un refugio que valía mucho la pena por la energía, la gente y los lugares que hay para recorrer. Sin embargo, al preguntar cómo llegar, me dijeron que no podía, que tendría que haber hecho otro camino porque se podía ir de Hielo Azul al Cajón porque es bajada, pero no al revés, porque la subida es tan empinada que solo gente entrenada puede llegar y que además es peligroso y más yendo solo. En general esa respuesta me hubiera conformado por haber tenido la intención y por fuerza mayor no poder hacerlo, pero en este caso lo que sentí fue emoción, me pusieron en frente ¡una gran aventura!

Obviamente la tenía que testear, porque suicida todavía no soy; lo charlé con las personas indicadas. Primero con uno de los encargados del refugio, que era una de esas personas que transmiten confianza. Me alentó a hacerlo, aunque me dijo lo mismo, que había que estar entrenado. También lo hablé con los amigos de la cena; ellos lo habían hecho el año anterior, pero en el sentido contrario, es decir de bajada, y me dijeron que era una locura, pero que lo intente, que lo peor que podía pasarme es que a la hora no pueda más y tenga que volver, y que seguro iba a tener ese sentimiento de no poder más, pero que no tire la toalla a la primera sino a la tercera vez que crea no poder más (me pareció muy buena y simpática esa forma en que me lo dijeron). Al otro día me levanté y emprendí camino a Mordor.

Cuando llegué hasta el camino que desvía hacia Hielo Azul y donde comienza la subida, me encontré a dos tipos de unos 45 años que estaban terminando de bajar. Les pregunté cómo veían subirlo y me dijeron que era una locura. Instantáneamente me llené de adrenalina, me reí y empecé a subir. Podría contar todo lo que viví y sentí en el camino, pero la voy a hacer corta y contarles que lo logré y cuando llegué al refugio de Hielo Azul sentí una sensación que no había experimentado en mi vida, como una gran mezcla de euforia y libertad, fue muy lindo existencialmente, si vale la expresión.

Le puse mucho énfasis al relato hasta el momento y hay un montón de cosas más para contar, pero me las guardo. Solo cuento esto último para cerrar el hilo que dejé abierto sobre el porro que me regaló el amigo.

El tercer día ya tenía que bajar a Doña Rosa, que es la ruta donde pasa el micro, ya para volver a El Bolsón. Son cinco horas de bajada poco pronunciada, pero venía de subir tres horas un cerro para llegar al glaciar de Hielo Azul, así es que estaba bastante agotado y debía llegar a tiempo para tomar el colectivo que pasaba a las 8 p.m. Con el tiempo justo, le metí mucha pata y ya quedando pocos kilómetros vi que me sobraba el tiempo, así que me relajé, subí al mirador de Rackel y me acordé que tenía el porro del amigo y dije: "chau una seca para relajar y escuchar pajaritos". Después de hacerlo pensé que no tendría que haber fumado

porque quedé en Disney y había que estar atento a las marcas que guían el camino. Así es que le pedí a tres chicas que también estaban en el mirador, de manera aparentemente graciosa, si me podían llevar. Se cagaron de risa porque habían visto toda la secuencia de verme desorientado y emprendí la bajada con ellas. Fuimos a un ritmo mucho más lento del que iba cuando estaba solo, pero estaba perfecto con el tiempo. Se pasaron rapidísimo las tres horas que quedaban; hablamos un montón, eran becarias del Conicet y me sentí de nuevo en Disney, eran unas genias. Cuando llegamos al puente colgante, ya a escasos minutos del final del viaje, miro y veo adelante mío a mis amigas de Buenos Aires que conocí en el viaje a Perú el año anterior y fue como "basta, que puta locura", desbordamos de la emoción.

Esto me llevó Instantáneamente a hacer el camino en reversa y pensar en todo lo que desencadenó una buena charla con un chabón, y si hubiera podido escribir esta historia si seleccionaba una butaca en fila de 1 en vez de fila de 2.